

LA PARTIDA

I

El día 6 de Mayo, á eso de las cinco de la tarde, nos hallábamos formando grupo, junto á la puerta del cuartel, unos cuantos oficiales, cuando de repente llegó hasta nosotros el rumor producido por alguno que bajaba la escalera precipitadamente, y al cabo de breves instantes llegó á nosotros el ayudante mayor, que apresuradamente nos dijo:— La partida á las ocho, dentro de tres horas: el equipaje ha de estar en el cuartel á las siete. Traje de marcha.

Lanzamos un grito de júbilo, y sin preguntar siquiera dónde íbamos, nos dirigimos á escape quién al café más próximo para avisar á los compañeros, quién al cuartel para llamar al asistente, quién á su casa. Pasado un instante estalla en el cuartel un estrépito infernal, redoblan los tambores, difúndese la noticia por el vecindario, acuden las gentes, y en breves instantes, de una en otra casa, de una en otra calle, propágase la noticia por todos los ámbitos de la ciudad, y se difunde el espanto entre las madres.

Corro á casa, subo de tres en tres los escalones, llamo, abren, era mi madre.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

Jadeaba como un caballo.

—Vamos á marchar.

—¡Oh, Dios mío!

—Sí... no tengo tiempo que perder.

—¿Cuándo?

—¡A las ocho!

—A las ocho;— repitió con el propio acento mi madre, cual si fuera un eco de mi propia voz, y sin moverse, sin pestañear, se quedó contemplándome con ademán de estupor.

—Pronto, pronto: conviene arreglar el baúl: á las siete debe estar en el cuartel; dentro de un instante vendrá á buscarlo el asistente, manos á la obra, comencemos.

Y pasado un momento, viendo que mi madre no daba señal de vida, dije:

—¿Qué hacemos?

—¡Ah!—dijo de pronto como volviendo de un desvanecimiento.—Estoy pronta. ¡Herminia!

Inmediatamente se presentó mi hermana.

—¡Se va!—le dijo mi madre apresuradamente.—Es indispensable arreglarle el equipaje: ¿todo está dispuesto, verdad? Perfectamente. Ahora... aguarda: ¿Dónde está el baúl?... Pero no; vale más que antes... oye; mira... Pero no...

Y miraba á uno y otro lado como desmemoriada.—Aquella mujer parece hecha á propósito para perder la cabeza en semejantes ocasiones.

—¿Qué hacemos?—preguntó de pronto, para librarse de estorbos, dirigiéndose á mi hermana, que permanecía inmóvil y azorada como ella misma.

—¡Ah!—contestó ésta de pronto cual si volviera en su acuerdo.—¡Conviene apresurarse!

Y ambas se dirigieron al gabinete inmediato.

Un campanillazo: abro: el asistente.

—¡Aquí estoy!—exclama sin poder apenas resollar.

—¡María!—grita mi madre volviendo apresuradamente.

Se presenta la criada.

—Corre á llamar inmediatamente á mi hija. De paso le dices al portero que venga á buscar el baúl. Haz avisar á Héctor, que estará en el café. Que vengan todos en seguida.

El asistente saca el cofre al mirador: el ruido producido por el mismo hace que se asome á la ventana la ninfa lánguida: la ninfa lánguida llama á la ventana á la cocinera rubicunda: la precipitación con que la cocinera rubicunda abre de par en par la ventana hace que se asomen los demás vecinos.

Entretanto mi madre iba y venía de un lado para otro sin hacer cosa de provecho.

— ¡Compañero! — grité dando una palmada.

— ¡Italia! — contestó inmediatamente apareciendo en mangas de camisa, con ademán inspirado.

— Parto á las ocho.

Desaparece, vuelve vestido, levanta el bastón en alto, y exclamando: — En la estación te aguardo, — echa á correr, y baja á escape la escalera, gritando: — ¡Viva la guerra! — en tanto que, recorriendo con el palo los hierros de la barandilla, metía un ruido de todos los diablos.

— ¡Alberto! — exclama mi madre, cejando en su continuado ir y venir.

— Aquí estoy.

Llévome á un lado.

— ¡Dime!... ¿A dónde vais? ¿Lo sabes?

— A Plasencia.

— ¡A Plasencia! Y... oye... ¿Plasencia es una ciudad fortificada, verdad?

— Sí.

— ¿Y permaneceréis en ella?

— Parece que no.

— Pero... ¿es que no ponen guarnición en las ciudades fortificadas?

— Sí; pero está ya guarnecida, nosotros seguiremos adelante, y quedará á nuestras espaldas.

— ¡Ya!... — dijo como el que ve desvanecida una esperanza, y se fué.

Otro campanillazo: abro: mi hermana mayor. Me estrecha cariñosamente la mano, y va á reunirse con las otras.

Tercer campanillazo: mi hermano.

Entretanto vuelve mi madre cargada de ropa blanca, seria, impasible, hasta un punto que me hace estremecer: en pos de ella todos los demás silenciosos y con la cabeza baja.

Mi madre se inclina sobre el cofre; el asistente pretende, con el mayor respeto, aliviarla del peso de la ropa; ella lo evita y dice:

— No, yo misma voy á arreglarlo.

Mis hermanas intentan hacer lo mismo.

— No, dejad, dejad que yo misma lo arregle, — insiste aquélla.

Y se inclina para hincarse de rodillas.

— ¡Madre! — le digo con acento de dulce reprensión, cogiéndola del brazo.

Ella me mira.

— ¡No lo permito! — añado.

Y ella con acento más dulce y cariñoso si cabe:

— ¡Dame este gusto! ¡Te lo pido por compasión!

Arrodíllase y acomoda el equipaje. El soldado me contempla entre sorprendido y enternecido, como si quisiera decirme:

— ¡Qué dichoso es usted, mi teniente!

Yo le contemplo á mi vez como si quisiera decirle:

— Lo sé; siento que no sea también la tuya.

Mi madre se levanta y se va. A mis oídos llega un apagado sollozo: me vuelvo: es mi hermana menor que llora.

Vuelve mi madre trayendo no sé qué entre manos: lo pone en el cofre, y se vuelve: miro: es su retrato.

Vuelve con tres libros y los coloca encima del retrato.

— ¿Qué libros son, madre?

— *I promessi sposi*.

— ¡Dios te lo pague! — dije.

Y le besé la mano.

Retiróla ella apresuradamente, — siempre impasible; — la contemplábamos azorados: nos daba miedo.

— Quítate la banda.

— ¿Por qué? — pregunté.

Y sin contestarme, quitómela y la guardó en el cofre.

— Debo usarla, madre.

No me contestó: fué al gabinete inmediato. Otro sollozo mal comprimido: mi hermana mayor que lloraba también.

Mi madre apareció de nuevo, llevando una magnífica banda de seda, que me ciñó por sus propias manos, diciéndome:

— La he labrado durante las horas que estabas en el cuartel.

— ¡Madre! — exclamo cogiéndola por ambas manos. — ¡Esto es demasiado!

Ella vuelve la cabeza del otro lado.

El asistente contempla á mi madre con los ojos bañados en agua.

— ¡Está todo! — dice mirando en derredor.

Y al cabo de un rato, añade:

— ¡Puede cerrarse!

Baja la tapa, aprieta con la mano, no logra ajustar la cerradura, aprieta con la rodilla apartando con los codos á cuantos pretenden ayudarla, le resbala un pie, vacila...

— ¡Pero, madre! ¿Qué es lo que haces? — exclamamos todos ayudándola.

Llaman: es el portero que viene á buscar el baúl.

— ¿Ya? — exclama mi madre volviéndose de repente, con acento de desagradable sorpresa... — Cargad con él.

El portero se lo echó á cuestras.

— Al cuartel de Porta di Susa, — dije.

— ¡Ya sé! — contestó él marchándose.

— ¡Oid! — dice de pronto mi madre, dirigiéndose al portero que se volvió.

— ¡Cuidado!... — y buscó decir alguna palabra. — ¡Cuidado con dejarlo caer!

— ¡No haya miedo!

Sale: mi madre le acompaña hasta la puerta: le mira bajar las escaleras: — ha desaparecido, — oprime los labios, cierra los párpados, ha vencido; el llanto que estaba pronto

á ahogarla, no la oprime ya, y vuelve á entrar impasible como antes, y yo vuelvo á asustarme.

He ahí al censor bondadoso.

— ¡Buenas noches!

Nadie contesta: lo ha comprendido todo, me mira á la cara, alzo la frente. — ¡Ea, no va mal! — parece que diga.

Y nos trasladamos todos á la sala próxima, en la cual nos sentamos formando círculo.

Nadie habla. Óyese el roce de un vestido, se abre la puerta, y aparece la señora de carácter resuelto, todos se ponen en pie.

— Mi querida amiga, — dice, ofreciendo ambas manos á mi madre con su garbo, con su acostumbrado brío decidido y varonil. — En este momento he sabido que su hijo debe partir. Son estos momentos dolorosos, es cierto; pero es indispensable que todos padezcamos en bien de la patria. ¡Días son estos de verdadera prueba para Italia! ¡Guerra de titanes! Imposible que el enemigo pueda resistir durante mucho tiempo la inundación de fuego que va á acometerle por todas partes. El ejército deja á sus espaldas un pueblo entero dispuesto á secundarle. ¡Días grandes son estos! ¡Así se forman las naciones!

Mi madre la contemplaba atónita.

— Daría, no sé qué daría, con tal de poder ver, siquiera de lejos, la batalla decisiva. Pero en el momento más sublime, cuando nuestros regimientos habrán arrojado al enemigo de todas las posiciones que ocupará en la extensa línea de batalla, precipitándose por la opuesta pendiente en indecible confusión, hombres, caballos, carros y cañones. ¡Ánimo, amiga mía, es esta una verdadera cruzada; hasta las mujeres y los niños correrían al combate, y si el ejército se disolviera, á los quince días se formaría otro que le reemplazara.

— ¡Cierto, cierto! — exclamó mi madre con un ardimiento que parecía entusiasmo, y no era más que amor de madre,

disfrazado de sentimiento patriótico.—Cierto, es una cruzada. ¡Todos, todos deberíamos ir á la guerra, todos, hasta formar millones de millones, de manera que dominado el enemigo por el número, renunciara hasta al intento de batirse, de resistir y abriera las puertas de las fortalezas!...

—¿Dónde está mi hijo?—pregunta una voz temblorosa en la antesala, al tiempo que abriéndose la puerta aparece el anciano ciego, con los brazos abiertos en ademán de quererme estrechar entre ellos.

Abrázole: él toca en tanto mi sable, mi banda, mis charreteras, y con voz conmovida me pregunta:

—¿Muy pronto, eh?

Después coloca sus manos sobre mis hombros, apoya su rostro contra mi pecho, y permanece así largo rato. Todos callan. El censor, de pie en el fondo del gabinete, contempla el cuadro, fruncido el entrecejo, y los brazos cruzados encima del pecho. Mi madre me contempla sin perderme de vista.

Pasaron algunos minutos, y después de haber echado una ojeada al reloj, haciendo un esfuerzo poderoso, dije:

—¡Ya es hora!

Todos se levantaron, y dieron un paso hacia mí. El censor se me acercó, y me dijo al oído:

—¡Sé hombre!

—...Conque, —añadí, encasquetándome el kepis.

—Conque,—dijo resueltamente la señora napolitana, estrechándome las manos y sacudiéndomelas al compás que hablaba.—¡Ánimo, á conquistar laureles, no nos olvidéis, escribid!

Después de lo cual se retiró.

—¡Adiós, Alberto!—exclamó mi hermano echándome los brazos al cuello y besándome.

Mis hermanas me abrazaron también sollozando y huyeron.

—¡Aquí!—dijo el anciano abriendo los brazos.—¡Aquí, hijo mío!

Y apretando mi cabeza contra su hombro murmuró con voz trémula:

—¡Si fuéese esta la vez postrera que te abrazo,... quiera el cielo... que sea esto porque falte yo!

El censor me estrechó la mano, miróme de hito en hito y se retiró sin pronunciar palabra.

Mi madre y yo nos miramos durante algunos momentos, arrojóse entre mis brazos, ciñó mi cuello con los suyos, cubrióme de besos apasionados, y luego, cogiéndome con una de sus manos uno de mis brazos y oprimiendo con la otra mi espalda, formando conmigo un solo cuerpo, hízose arrastrar, más bien que se dejó conducir hasta la puerta. Ya en ella hice un poderoso esfuerzo para soltarme, y me lancé corriendo á la escalera. Aquel instante, cual si me hubiese visto precipitarme en un abismo, lanzó un grito desgarrador:

—¡Alberto! ¡Alberto!

En tanto bajaba la escalera, comprendí que los demás habían acudido en su auxilio; oí un confuso rumor de gritos, y entre las otras la voz de mi asistente que decía:

—¡Valor, señora! ¡Jamás me separaré de su lado, se lo prometo á usted!...

Los ahogados sollozos de mi madre, un postrer grito apagado de:—¡Alberto!—y nada más.

Al atravesar apresuradamente el patio, encontréme con los cuatro nietecillos del anciano, que volvían de la escuela: les detuve y les cubrí de besos.

—¡Que me los ahoga usted!—gritó la niñera asustada.

—¡Si viera usted, señor teniente!—exclamó el asistente alcanzándome con el pañuelo en los ojos.

—¡Cállate!—le dije.

Y seguimos á grandes pasos la calle adelante.